

Las bodas

Hay actos religiosos o puramente privados que, debido a su trascendencia, se han celebrado desde siempre. Lo extraordinario de estos tiempos es que los actos religiosos se han convertido en meros actos sociales y los privados en públicos y todos ellos se han exagerado hasta la desproporción. Nunca entendí, por ejemplo, por qué había que celebrar tanto las bodas –y lo digo sin ironía–. Lo natural es que celebren una fiesta dos personas que se quieren y quieren compartir su vida pasando por el matrimonio. Pero la celebración grata suele ser la sencilla e íntima y, en todo caso, la que se hace con la gente que quieras y que te quiere. Lejos de eso, las bodas actuales son reuniones de centenares de personas a las que la familia, para evitar el mogollón de la entrada y facilitar que los invitados se agrupen por afinidades, clasifica nominalmente por mesas numeradas. Y nadie quiere a tanta gente ni a nadie lo quiere tanta gente. El exceso de invitados y el hecho de que no se les conozca obliga a una preparación estresante y minuciosa, pues con los invitados lejanos y con los que no conoces hay más riego de que midan las circunstancias del festejo y de que lo comparen con otros. No pocos de esos invitados son desconocidos de los novios, y no pocos han recibido la invitación con disgusto, pues saben que lleva implícita la obligación de hacer un regalo importante o de dar un sobre con dinero, el *dao*, que si en origen servía para ayudar a la pareja en los gastos que suponen comenzar una nueva vida, ahora sirve para costear el banquete, si es que no lo costean los padres de los novios, que ésa es otra. Aunque dicen que a las bodas se les saca dinero, e incluso que hay quien invita por razón meramente recaudatoria, a mí no me salen las cuentas cuando veo las fiestas deslumbrantes en que se han convertido muchas de ellas, con sus camareros pasando bandejas, su conjunto al final y su barra libre.

Como acto social que es, resulta difícil evitarlo. Vamos montados en un tren enorme que nos lleva a todos, cada vez a más velocidad, al mismo destino pasando por las mismas estaciones, lo queramos o no. Muchos van a gusto en él y disfrutan haciendo lo que hizo el vecino y un poco más. Otros, desearían bajarse, pero les falta valor o no quieren indisponerse con algunos de los viajeros o hacerles pasar un mal rato. Sólo unos cuantos de los que quieren apearse tienen el coraje de hacerlo, le pese a quien le pese. Yo, que puesto en el caso no lo tendría, alabo el gusto de estos últimos y los admiro.

Juan Bosco Castilla